Conflictos y valores (Dos crisis frente a frente: 1929-2013)

Luis Alejandre Sintes

Es bien conocida la labor que desarrolla el CESEDEN en nuestra sociedad en la búsqueda de puntos de encuentro que lleven a reflexionar sobre los cambios que esta vive, máxime cuando una profunda crisis económica, política, social y de valores invade con peligro la vida de las actuales generaciones y siembra una preocupante incertidumbre sobre la de las futuras.

Todos tenemos presentes las dramáticas consecuencias a que arrastró la crisis de 1929. Ahondar en clave actual sobre las causas que la provocaron para evitar que las consecuencias sean las mismas fue el propósito de un equipo que dirigido magistralmente por el profesor Amando de Miguel trabajó durante el pasado curso bajo el prisma de variados puntos de vista. Su estudio fue publicado en marzo de 2012 en el número 129 de las *Monografías* del centro y, bajo el epígrafe general de "Valores y conflictos", desarrollaba las claves culturales que los definían en el actual siglo XXI.

El trabajo –como señalaba en su presentación Amando de Miguel– no se presentó con un propósito estrictamente académico, sino también de estímulo para que otras personas pudiesen seguir reflexionando sobre este tema. La insinuación fue recogida por el propio director del CESEDEN, General de la Rosa, que animó al mismo grupo de trabajo a continuar profundizando en el tema siguiendo el mismo hilo conductor, la relación entre conflictos y valores, esta vez bajo el prisma de la "construcción de la paz". Este es el resultado.

El reto de presentar el trabajo de seis profesionales de formación y procedencias distintas, incluso de edades diferentes, no es sencillo.

Tres profesores universitarios de la categoría de Amando de Miguel, Jesús Martínez Paricio y Benjamín García Sanz han trabajado junto a tres oficiales representantes de cada uno de los Ejércitos, el Tcol. Andrés González Martin del Ejército de Tierra, el CF. Federico Aznar de la Armada y el coronel Vicente Hueso del Ejército del Aire. La mezcla, que pudo ser en principio explosiva, ha sido a lo largo de estos dos cursos más que enriquecedora. El texto que tiene en la mano, querido lector, recoge con enorme "libertad de cátedra" lo que parecen seis trabajos independientes en apariencia inconexos. Y no lo son. Son el producto de discusiones profundas y ajustes de texto, intentando evitar repeticiones, con correcciones y matices formulados entre los propios ponentes. Es una lástima no poder añadir y transcribir las actas de cada reunión en la que se iban presentando sucesivos borradores y se avanzaba en la coordinación de la obra. Yo puedo decirles que tras cada jornada de trabajo, regresaba a mi retiro de Menorca con el ánimo renovado, con ideas nuevas, con la voluntad de aportar al difícil momento que vivimos ilusiones y esperanzas.

Siempre presidía el discurrir de nuestras discusiones el objetivo de oponer, paliar o resolver un conflicto, recurriendo al enorme peso e influencia de los valores. Todos teníamos claro que potenciándolos reforzábamos la capacidad de resistencia de nuestra sociedad ante riesgos y amenazas. Y a este empeño dedicamos lo mejor de nuestras capacidades intelectuales y nuestras experiencias.

Todo se ha hecho paso a paso, construyendo un edificio de pensamiento formado con materiales no necesariamente homogéneos. Cada uno de los ponentes ha aportado sus conocimientos, experiencias y vivencias. Y ha puesto énfasis en la forma y en la sensibilidad con que contempla cada situación.

Yo no sé, querido lector, si seremos capaces de transmitir todo lo que teníamos en nuestras mentes. Yo que fui afortunado coordinador, aseguro que sus reflexiones aportan todo un caudal de ideas que no deberían caer en saco roto. De lo que no estoy tan seguro es de si nuestra sociedad está abierta a recoger estos testimonios o si prefiere poner la cabeza entre las alas y no mirar el paisaje histórico que se avecina, más cercano al estancamiento medieval que al alegre y desbordado crecimiento de los últimos años.

A lo largo de las discusiones ha sido curioso observar que quienes mejor perciben los valores de los Ejércitos sean los profesores universitarios. Y que los militares diésemos como normal y asumido el no darles mayor importancia, salvo cuando los vemos amenazados. Estamos ya hechos a las incomprensiones, al desconocimiento, a la frialdad, y así nos hemos formado. Hay momentos en que nos parecemos más a *la grande muette*, en referencia al Ejército francés del período entreguerras mundiales, que

al abierto mundo actual de la comunicación. Ha habido otros momentos en los que incluso hemos podido confundir disciplina con sumisión cuando hemos sufrido ataques frontales o sibilinos contra nuestra esencia a los que, tal vez, no hayamos dado una respuesta adecuada.

Por supuesto, el objetivo del grupo de trabajo ha sido claro: cohesionar nuestra sociedad relacionando los problemas que vive día a día con los valores que pueden aportar los miembros de los Ejércitos, trozo vivo de esta misma sociedad.

El capitán de fragata Federico Aznar ahonda en el concepto de crisis con referencias frecuentes a conceptos clásicos y a pensadores modernos. Critica la posmodernidad que vivimos a partir de los años ochenta del anterior siglo por estar instalado en el presente el "no reconocer nada valioso detrás del esfuerzo y desechar a los héroes por innecesarios". El hombre posmoderno –la figura cultural del nuevo milenio– teme la incertidumbre y debe ahora abandonar un presente imposible para afrontar una crisis que no sabe a dónde le conduce. Una crisis que no es solo económica, de hecho ni siquiera es política, sino que afecta al corazón de una sociedad, a su sistema de valores. Es preciso modificar el modelo, abandonar el presente y buscar referencias que le permitan escapar a la hasta ahora cómoda deriva en la que se encontraba.

Una de esas referencias es sin duda alguna el mundo de lo militar, una suerte de nevera espiritual en la que se guarda un sistema de valores construidos en base a absolutos éticos, y susceptible por tanto de trasladarse a la sociedad en su conjunto. Pero la clave de su aportación no serían esos valores sino su práctica, esto es, las actitudes que promueven, el compromiso, la responsabilidad. Es la mejor de las pedagogías, el ejemplo cotidiano del hombre común. No es dirigir sino persuadir a una sociedad que debe ser la que se transforme a sí misma; ayudarla a que vaya de lo pequeño a lo grande. Al mismo tiempo, se trata de redimir los símbolos para recuperar el nosotros, la sociedad como espacio de convivencia y futuro. Aunque, citando al capitán de fragata Federico Aznar, "quizás haya que, como en la célebre escena de la película *El club de los poetas muertos,* subirse sobre una mesa y gritar los versos de Walt Whitman 'Oh capitán, mi capitán', eso será la señal de que volvemos a creer en algo o en alguien, o aún mejor tal vez, de que creemos en nosotros mismos."

El profesor Benjamín García Sanz aporta el caudal de sus largos años en la enseñanza y en la investigación sociológica. Nos conduce a la evolución histórica de las relaciones entre el Ejército y su sociedad. Nos habla de los hidalgos, de las soldadas, de los quintos de Carlos III, de los cuotas, del servicio obligatorio, del modelo mixto y de los profesionales. Siempre busca puntos de soldadura comunes con la intención de encontrar soluciones que cohesionen, "que enriquezcan mutuamente a la sociedad en su conjunto".

Y entra en el mundo de las opiniones y de las encuestas, porque le preocupan la seguridad y la paz como elementos fundamentales del cometido de los Ejércitos, que deben ser respaldados por el resto de la sociedad.

Dedica su último punto a la importancia de los medios de comunicación social en la visión que tiene la sociedad del Ejército y en la creación de una verdadera cultura de defensa. Preocupado, concluye que "sin una difusión adecuada, es imposible que nuestra sociedad supere las contradicciones y valore la importancia de una institución necesaria". Termina haciendo suyas las palabras de un editorial del diario *La Razón* referida a la necesidad de rescatar principios: "la tolerancia no puede ser la misma, el servicio a la patria ya no es el mismo; hay que reenfocar la relación de los ciudadanos con el Ejército y con la lealtad nacional. Estamos en un momento apasionante".

El coronel del Ejército del Aire Vicente Hueso se interroga sobre si la crisis económica es causa o es consecuencia. Aporta su conocimiento de un mundo, en apariencia alejado de nosotros, como es el ruso, que conoció como agregado de Defensa en Moscú. Tras una introducción en la que manifiesta y demuestra que "la crisis cambiará nuestro estilo de vida, con repercusiones en el mundo de la política, en el social, el económico y en la seguridad", da fe del declinar de nuestra civilización, analizando la pérdida de los valores que constituían su esencia. Extiende los conceptos de cultura y valores al del orden moral. "Formando parte de los valores sociales debe existir un orden moral para asegurar el cumplimiento de una conducta consistente en un comportamiento que no tiene otra sanción que la idea que tiene el propio individuo de lo correcto y lo incorrecto".

Entiende a la Unión Europea como "comunidad de valores" que han sido reconocidos recientemente con el premio Nobel, y termina analizando los dispositivos de defensa en el contexto actual. ¿Cómo repercute todo en nuestra propia seguridad? Por supuesto, se siente preocupado. Utiliza una frase de Richard Titmuss para estimular a nuestra sociedad en el sentido de que la inacción es perversa, que es preciso reaccionar: "Sin saber nada del viento y las corrientes, sin dar sentido a ningún propósito, los hombres y las sociedades no se mantienen a flote durante largo tiempo, moral o económicamente, si solo se dedican a achicar agua". Platón lo resumía así: "no hay viento favorable para quien no sabe qué rumbo tomar".

El profesor Jesús Ignacio Martínez Paricio se centra en la forma en que los Ejércitos pueden actuar en la gestión de crisis, continuando una línea de pensamiento que con el mismo título publicó en el trabajo del curso pasado. Su hilo conductor de ahora es la incertidumbre y la escasez y la influencia de ambas en la crisis. "Se impone la incertidumbre –nos dice– cuando se comprueba la falta de fiabilidad de las predicciones". Se

apoya en trabajos de premios Nobel de Economía (John Nash y su teoría del "punto de equilibrio óptimo", y Sargent y Sims sobre el impacto de las decisiones políticas en la economía).

Analiza magistralmente los pasos que condujeron a la Gran Depresión de 1929 y su repercusión en la crisis actual "en que se temió que volvieran a repetirse las mismas consecuencias: quiebra y destrucción de las democracias, que terminó en una catástrofe mayor como fue la Segunda Guerra Mundial". Describe la evolución de la crisis de 1929: "los bancos centrales seguían siendo de propiedad privada. Las necesidades de financiación de la primera Guerra Mundial produjeron la quiebra del sistema regulado por el patrón oro. Las reclamaciones de indemnización a Alemania, el endeudamiento de los contendientes y la inflación desbordada crearon las condiciones de la tormenta, que degeneró en guerra".

Y cuando ahora invocamos de nuevo a Keynes nos recuerda el profesor Martínez Paricio uno de sus pensamientos: "la economía es una ciencia moral y no una ciencia natural (...) el economista debe ser matemático, historiador, hombre de estado y filósofo".

Termina analizando cómo deben adaptarse los Ejércitos a estos tiempos de incertidumbre. Hace una extensa referencia de la vigente Directiva de Defensa Nacional que considera redactada en términos de realismo político; porque sobre el actual escenario, en el que se suma a la incertidumbre la escasez y donde debe recuperarse la confianza, se abalanzan otras crisis como la balcanización del mundo árabe, la influencia de los países emergentes, las larvadas luchas en Oriente Medio, el terrorismo internacional o la confluencia en un desierto como el del Sahel de las más radicales interpretaciones de un código religioso.

El quinto trabajo lo firma el teniente coronel de artillería diplomado de Estado Mayor Andrés González Martín, que bajo el prisma de la dimensión cultural de los conflictos se centra en el terrorismo y en la relación de este con los medios de comunicación social y con la literatura, y busca herramientas contra el terror en los valores, en el referente de los héroes y en la propia literatura. Lo ilustra con un ejemplo concreto: en marzo de 2002 el general israelí Arie Amit decía en Washington ante un grupo de políticos y militares de alta graduación: "los EE. UU. no se impondrán a los terroristas hasta que entiendan su lenguaje, su literatura y su poesía". No podía ser más claro y a la vez más profundo el mensaje. Pero a pesar de que Andrés González Martin realiza "tomas externas" analizando el atentado de Menajem Beguin en junio de 1946 contra el Hotel Rey David de Jerusalén, sede del Mando Militar británico en Palestina, o el del joven Gavrilio Princep en Sarajevo en 1914, probablemente el atentado con más graves consecuencias históricas ya que fue la mecha detonante que inició de la Gran Guerra, se centra fundamentalmente en el problema del terrorismo en España. Denuncia el concepto como "forma de comu-

nicación estratégica" que cuenta con los medios escritos y audiovisuales como multiplicadores y amplificadores. La peor forma de responder al terrorismo, nos dice, es aceptarlo como forma de acción política.

Refiere un antes y un después del asesinato de Miguel Ángel Blanco ya que antes "las víctimas sufrían el atentado, luego el olvido y finalmente la silenciosa exclusión" haciendo suya una frase de Unamuno: "no nos mata la oscuridad, sino la indiferencia".

De indiferencia habla cuando refiere que solo un 1,3 % de los españoles considera el terrorismo como una de sus preocupaciones fundamentales. Y cita el coste económico –no solo político y social– de la lucha contra ETA como una de las causas de nuestra crisis económica y que nadie se atreve a cuantificar.

La verdad solo está en la víctimas, concluye. Desenmascarar el pacto entre la mentira y la violencia es responsabilidad de cada uno de nosotros; porque de no ser así, "si los violentos se empeñan, la literatura de los criminales pronto empezará a leerse en las escuelas; las mentiras pronto encubrirán sus crímenes".

Profundas reflexiones de un tema que tenemos peligrosamente larvado en nuestro cuerpo social, que valientemente enfoca y desarrolla el teniente coronel González con la clara y rotunda voluntad de defender a las víctimas frente a cualquier insinuación de conceder a los terroristas la menor legitimidad y derechos.

Termina el trabajo Amando de Miguel en lo que considera un "ejercicio insólito" de reflexión de un profesor "pegado a las estadísticas y las encuestas", como se define. Disiento respetuosamente de este supuesto autorretrato. Amando nos ha incitado, arrastrado a todos a profundizar, a discrepar, a no dar por cierto ningún juicio sin someterlo a la ley de la crítica.

Relaciona sociología con geopolítica, con una conjetura sobre el futuro del Ejército en una sociedad estacionaria sobre la que girará su pensamiento.

Precisa con su palabra estudiada términos y definiciones a las que se referirá a lo largo de su exposición: geopolítica, sociología, defensa, seguridad, Fuerzas Armadas, Ejército y Policía.

Su tesis consiste en defender cómo tras los últimos 150 años de crecimiento, aumento, conquista y expansión, caminamos hacia una sociedad estacionaria. Comenzamos –dice– una nueva era como lo fue el Renacimiento o la Revolución Industrial. Volvemos a una nueva Edad Media. Y marca y desarrolla en un heptálogo, los factores retardatorios que nos conducen a este estancamiento: la relación entre nacimientos y fallecimientos prácticamente a la par; el crecimiento económico cero o negativo; las ideologías que frenan el crecimiento como el ecologismo, el hedo-

nismo o el pacifismo; la escasa movilidad migratoria; el fin de un sistema de enseñanza; las dudas sobre el futuro de las nuevas generaciones, y la desubicación de las administraciones públicas, incapaces de controlar la crisis.

"La historia se repite como farsa", afirma mientras toca el tema del terrorismo en su versión actual y se adentra en el concepto de guerra, hoy disfrazado por palabras más blandas como conflicto, misión, misión de paz o misión humanitaria.

Relaciona los tipos de nobleza –de la espada, de la toga y del dinero– con el rol del Ejército en nuestra sociedad, y nos habla de la erosión del concepto de soberanía nacional.

Amando de Miguel trenza su pensamiento con la palabra: de la guerra llega a las misiones; de las misiones a la injerencia humanitaria y al deber de proteger; de estos se va a la OTAN, y de ahí a la dificultad de crear un Ejército europeo, para señalarnos que no volverán las carreras de armamento del siglo pasado y presentar las actuales guerras limitadas o de salón.

Todo un pensamiento clásico en palabras de latente actualidad. Porque al igual que en la Edad Media, no dejamos de ser unas generaciones puente entre el pasado y el futuro, entre la expansión y el estancamiento.

Creo que las situaciones de crisis sirven para reflexionar y para reaccionar en consecuencia. Se cierra este documento a finales del año 2012, fecha en que sigue latente la incertidumbre y el desasosiego. Urge cambiar el signo del ciclo, huir del pesimismo buscando salidas a la situación en que vivimos.

Este libro, querido lector, es un intento por conseguirlo.

Luis Alejandre
Mahón, octubre de 2012